

Mensaje en una botella

Luana DMC



Capítulo 1

Sentado en la terracita de un café frente al mar, situado en un pueblo típico de pescadores, un joven escribía en un folio en blanco. El calor del atardecer de finales de agosto, calentaba su cuerpo y el sonido de las olas batiendo contra la orilla y risas lejanas de los niños jugando en la arena, inspiraban a su alma a escribir que aspiraba ser, conseguir y conocer.

Al acabar su escrito, le hizo una seña a la camarera pidiendo la cuenta, enrolló la hoja de papel y la metió en una botella vacía de vino blanco sin etiqueta, la cual selló. Dejó unas monedas encima del ticket que le habían traído, se levantó y se dirigió hacia el espigón, desde donde siempre tiraba sus anhelos cada verano, desde que tenía siete años de edad.

Todo comenzó cuando un barquero le contó una vez la historia de una chica que, cansada de las decepciones de su vida, decidió irse a vivir al mar en una barca. Una noche sin luna, vio una estrella fugaz y lanzó el deseo de poder respirar bajo el agua y poder vivir para siempre con los maravillosos entes que habitaban los fondos marinos y a los que tanto envidiaba por su paz y por qué nunca les pasaba "nada". En ese instante, la joven se convirtió en una especie de bellísima mujer pez, pero a cambio de ver cumplido su fantasía, perdió sus piernas y nunca más pudo volver a tierra. Tras miles de años, aburrida de estar siempre igual, echaba de menos a los otros humanos y de sus vivencias y, siempre que podía, acechaba a los barcos para recibir noticias de tierra firme y que le contaran sus experiencias. El barquero, quien afirmaba haber conocido personalmente a aquel ser, contó que la sirena le reveló que concedía deseos a todos los que le lanzaban mensajes de sueños y ganas de descubrir mundo, agradecida por que alguien recordarse su existencia y para que otros no acabasen viviendo en soledad, cómo ella.

El sol que estaba a punto de ponerse, teñía de naranja y dorado la inmensidad de agua, cuando tiró su décimo. Una suave brisa creaba pequeñas olas que arrastraban la botella, cómo si una poderosa fuerza la llamase mar adentro. El joven no tenía dudas de que esto debía de ser obra de la mujer pez que esperaba ansiosa su mensaje.

Sin embargo, el chico no volvería en los posteriores veranos. Su trabajo le quitarían tiempo y, con el paso del tiempo, el peso de sus responsabilidades de adulto incluso le hizo olvidar su pequeño ritual.

Los años pasaron y la botella vivió la aventura de toda una vida. Viajó kilómetros y kilómetros. Conoció la felicidad en las plácidas aguas del mediterráneo, pero también pasó por momentos difíciles al cruzar huracanes y olas gigantes en el océano pacífico. Aprendió que las tardes más cálidas pueden preceder a tempestades y que por muy negra que sea

la noche, luego vendrá una mañana a iluminar el camino.

Tuvo la oportunidad de cruzarse con diversos seres, tanto quienes de buena fe le enseñaban los secretos del mar y le indicaban dónde encontrar a la sirena, como con quienes eran simple oportunistas, como un tiburón que la tragó una vez, pero la escupió enseguida al darse cuenta que no le servía de comida.

Encontró el amor en los horizontes de los cálidos y calmos mares caribeños, donde el sol de poniente se despedía de ella llenándole de su calor con un beso cada tarde. Y experimentó la pérdida de un amigo, al romperse contra un iceberg, otra botella con la que tuvo la suerte de poder viajar por los fríos mares del norte.

Sintió la desesperanza y el tedio al enrocarse al pie de los acantilados del mar escocés y pasar meses allí, donde nada ocurría, la soledad parecía absoluta y no dejaba de recibir los golpes de las olas contra ella. Pero también fue allí donde conoció a una bella joven con cola de pez, quien la ayudó a salir de allí y la volvió a lanzar al mar para que siguiera su camino. A cambio, la botella le reveló el secreto de su interior.

De todas estas vivencias, la botella aprendió que por mucho que las penumbras la engullesen o que las corrientes podrían llevarte a callejones sin salida, siempre había una manera de salir a flote o que si tienes suerte y paciencia puede que alguien te eche una mano. Que hay cosas que pueden romperte cuando menos lo esperas. Por lo que es mejor vivir cada instante como si fuese el último.

Al verse experta en los caprichos de la naturaleza, decidió que era el momento de volver a puerto. Se dejó arrastrar hasta una de aquellas costas que normalmente vislumbraba desde lejos, durante una cálida tarde de verano.

Un anciano marinero que paseaba sosegado por la playa, vio algo brillar a unos metros de la orilla decidió recogerlo. Era una botella vieja, arañada, con musgo y algas pegadas, pero que parecía tener algo en su interior. Curioso y excitado por su pequeño hallazgo, empujó el corcho a dentro de la botella, se secó las manos y rescató un trozo de papel, el cual estaba seco y amarillento como un trozo de pergamino. Al principio, le costó descifrar las palabras casi borradas por el paso del tiempo. Pero al poco reconoció su propia firma en el borde inferior derecho y la fecha de hace cincuenta años. Una lágrima, salada como el mismo mar que le mojaba los pies, rodó por su mejilla, mientras leía y recordaba los últimos deseos del joven que algún día él fue.

Abrazó la botella contra su pecho y levantó la vista al horizonte, cerrando sus ojos. Una inmensa sonrisa de satisfacción llenó su arrugada cara mientras recordaba que el camino no había sido fácil, pero que había

logrado lo que había escrito en aquel papel a los 17: viajar por todo el mundo, superar todo lo que la vida y el mar le pusiera delante y conocer la felicidad. Susurró "gracias", pensando en la sirena que nunca conoció en persona pero que, además de sus sueños, le había hecho recuperar algo que había perdido hacía mucho tiempo: la esperanza e ilusión de que todo era posible.